

tú para ver si puedes conseguir algo, yo no me atrevo.

Hablando así Arsenia andaba de un lado para otro, recogía la mesa y ponía un poco de orden en la habitación. Después, cubriendo con un viejo chal negro su miserable traje, salió llevando á su hijo de la mano.

Aldegonda y Eufrasia quedaron solas.

III

La niña fue á sentarse cerca de la ventana y dirigió á la calle una mirada triste. El sol de Julio penetraba hasta en aquel barrio solitario, hasta en aquel callejón sombrío y obscuro y lo llenaba de calor y claridad.

Ni los perfumes, ni la luz, tienen miedo en su espléndido candor de mancharse al contacto de los andrajos.

Todo parecía bañado de alegría; las jóvenes vecinas, ataviadas con sus trajes de fiesta, charlaban en los umbrales de las puertas, los niños, lavados y peinados, esperaban muy serios que les llevasen á paseo; un viejo trabajador y su mujer se iban asidos del brazo hablando amigablemente: Filemón y Baucis de los talleres, estaban contentos con sólo calentarse al sol y con poder contemplar el cielo azul. Las campanas de

visperas sonaban alegres y graves á la vez, y se veían pasar grupos á la iglesia; los espléndidos carruajes se deslizaban por el pavimento y llevaban á la campiña á las familias opulentas. Eufrasia veía pasar como en un sueño aquellos trenes deslumbradores, aquellas jóvenes con vestidos blancos y color de rosa, sentadas al lado ó en frente de su padre y su madre.

Cada cual se aprovechaba del domingo para su placer, para su reposo, para su piedad, que es á la vez un reposo y un placer; cada uno olvidaba los cuidados de la semana y la alegría de los vestidos representaba fielmente la de los corazones.

Eufrasia veía, comparaba, y sin que pensase en enjuagarlas, lágrimas amargas rodaban por sus mejillas; ese sentimiento que es á nuestro corazón lo que es la hiel á nuestra boca, la envidia, la poseía por completo. La pobre niña envidiaba todo lo que veía; aquellos viejos sonrientes, aquellos niños risueños, aquellas jóvenes obreras que parecían tan contentas de vivir y que hablaban de una puerta á otra, sin pensar en su infeliz compañera; aquellas jóvenes ricas y dichosas, á quienes el cielo prodigaba tantos bienes, todo era para ella objeto de envidia y de amargura; envidiaba hasta á la pobre gondrina que rozaba los muros, y que lanzaba al aire sus pequeños gritos salvajes; envidiaba la vida y envidiaba la muerte, porque una vez volvió los ojos hacia un rosalito que se hallaba en una maceta en el ángulo de la

ventana y que se había secado falto de cuidados, y murmuró:

—¡Yo quisiera estar muerta también para no ver ni oír! ¡oh, rosalito! ¡tú ya no sientes ni el frío ni el descuido de mi madre! ¡te ha olvidado y has muerto! ¡dichoso tú!

La pobre criatura inclinó la cabeza sobre el tronco seco que ya no daría más rosas, y prorrumpió en sollozos.

—¡Eufrasia!—dijo la débil voz de la abuela.—¡Eufrasia, ven aquí, á mi lado!

Esta obedeció. La anciana la miró con una profunda simpatía, y dos lágrimas se deslizaron también por sus flacas mejillas sin que sus muertas manos pudieran enjugarlas.

—¡Pobre hija mía!—murmuró,—¡qué triste estás!

—¡Todo va tan mal!—respondió Eufrasia confusa de haber dejado adivinar su pena.—Ya veis, abuela, que yo trabajo con todas mis fuerzas; algunas veces estoy rendida de permanecer en pie durante todo el día, entre esos telares, siempre prontos á herir, agoviada de calor, ahogada con el vapor del carbón piedra... lloraba ahora, pensando en las obreras que están en una situación menos dura, que están sentadas apaciblemente al lado de una ventana, y que cosen lindos vestidos; y, sin embargo, yo no me quejaría del trabajo si estuviera un poco mejor en casa; pero ya lo véis, abuela, apenas pan, nada de vestidos, y además, ¡no oigo nunca una palabra dulce! todo se puede sufrir por una palabra dulce, ¿no es verdad?

—Ten paciencia, hija mía, las cosas mejorarán quizás.

Eufrasia sacudió la cabeza, y dijo con la energía de la convicción:

—¡Jamás!

La anciana guardó un triste silencio, que parecía apoyar la convicción de su nieta. Esta continuó después de un instante:

—¿Y vos, abuela, érais dichosa cuando teniais mi edad?

—También era pobre, hija mía.

—Pero ¿era malo vuestro padre? ¿pegaba á vuestra madre?

A esta pregunta, las mejillas de la anciana se coloraron y respondió:

—Mi padre y mi madre eran las personas más dignas, las mejores cristianas que había en mi aldea. ¡Jamás oí entre ellos una palabra dura! ¡jamás un juramento! Nuestra casita era un Paraíso: mi padre tegía telas, mi madre hilaba; ambos iban á vender al mercado la pieza de lienzo que habían hecho juntos, y esto nos ayudaba á vivir; era el trabajo de las noches del invierno; teníamos, además, un campo que cultivábamos, y padres é hijos nos ocupábamos en él. Era yo pequeña y ya arrancaba las malas hierbas; más grande aprendí á segar; teníamos sólo lo justo para vivir, pero no pedíamos más; el pan, la leche convertida en queso y las patatas, estaban siempre á la disposición de nuestro apetito, porque mi buena madre era muy cuidadosa y muy activa. Teníamos dos vestidos y dos pares de zapatos para cam-

biar; un buen jergón cada uno, sábanas limpias para dormir, ¿qué más se necesita? Nuestra casa estaba tan limpia como el palacio de un Rey, y no he visto nunca más hermosas cerezas que las que daba nuestro gran árbol, que se cubría de flores blancas en el mes de Mayo. ¡Eran tan hermosos aquellos campos! Veíamos al sol levantarse por encima del bosque, y acostarse al final de una llanura que se perdía de vista. ¡Yo amaba mucho mis campos!

—¡Y aquí, mi pobre abuela, no tenéis nada de eso! ¡es tan triste este callejón! ¡Y siempre habéis estado tan bien, abuelita?

—Cuando me casé, sí, hija mía; tu abuelo era un buen hombre, temeroso de Dios, laborioso y servicial para todos; era capatáz en una hermosa casa de campo, y se quitó la vida á fuerza de trabajar.

—¿Y por qué mi padre ha venido á trabajar á una fábrica en lugar de seguir en el campo?

—Ese era su deseo,—respondió tristemente la abuela.

—Y vos le habéis seguido... ¿de modo que le amáis mucho?

—Sin duda, hija mía; una madre ama siempre á su hijo.

Eufrasia quedó pensativa; parecía reflexionar, y Aldegonda repasaba los recuerdos que acababa de evocar, y se decía que ya no volvería á ver más aquel cielo, los dilatados horizontes, en los que el sol vestía de púrpura por las mañanas, y la llanura que dora-

ba por la tarde, y los rostros queridos que ya cubría la tierra. Eufrasia meditaba también; pero ni aun en su pasado más lejano hallaba un rinconcito azul y risueño donde poder reposar; sobre el lienzo de su joven memoria sólo se dibujaban privaciones, miserias, desdén, escenas de violencia y de dolor. La abuela, al ver que se había entristecido de nuevo, quiso distraerla, y le dijo:

—¿Por qué no lees un poco en el libro que las buenas hermanas te han dado en premio?

—Probaré,—dijo Eufrasia;—¡mas apenas sé leer!

Las pobres criaturas sólo poseían un libro: *La vida de la bienaventurada Germana Cousin*, narrada con el estilo más sencillo é impresa en gruesos caracteres. Eufrasia se puso á leer lentamente aquella triste y tierna historia; era la historia de una angélica niña, pobre, enferma, maltratada por una madrastra, abandonada por un padre indiferente, desdeñada de todos, pero querida de ese Dios que vino á la tierra naciendo en un establo y que murió en una cruz. Su paciencia celeste las hizo llorar; ambas admiraron el dulce milagro de las rosas, y después de un rato de lectura dijo Eufrasia ingenuamente:

—¡Ha habido sobre la tierra gentes más desgraciadas que nosotras!

—Ya ves que sí, hija mía, y que Dios las ha recompensado.

—¿De veras, abuela?

—Segura estoy, respondió la anciana con una profunda convicción: cuanto más se sufre acá abajo con paciencia, más dicha hay en el otro mundo: ¡Dios es justo! tú tendrás muchas penas durante tu vida: súfrelas, hija mía, sopórtalas por su amor, y piensa en la bienaventurada Germana.

Ambas quedaron en silencio pensando en esta historia que tan poderosamente las había cautivado, y Germana, radiosa entre el coro de las Vírgenes, debió sonreír á estas pobres criaturas que su ejemplo consolaba en la tierra.

IV

Santiago Senechal volvió muy tarde aquella noche, y al día siguiente salió tan temprano, que su mujer y sus hijos no se habían levantado todavía: más al medio día volvió y fue á apoyarse en la chimenea, arrojando en torno suyo una mirada sombría y de mal agüero.

Era un hombre de poca talla, robusto y rechoncho: su figura basta, debía á la intemperancia de sus costumbres una expresión bestial, y en sus ojos azules, inyectados de sangre, se encendía á la más leve contradicción, una centella roja, indicio irrecusable de la violencia de su carácter.

Aquel día, su mujer que preveía el huracán, no se atrevía á hablar, y sin alzar los ojos, seguía lavando algunas camisas. Eufrosia se ocupaba en remendar la blusa de su hermano y éste jugaba con unas castañuelas, formadas por dos pedazos de teja: los niños flamencos aman mucho ese juguete remedo de las castañuelas de España.

La abuela, sentada sobre el lecho, hacía calceta en silencio.

—¡Cállate! dijo bruscamente Santiago á su hijo.

Yendo en seguida hacia su mujer, añadió:

—Dame dinero.

—¡No tengo ni un céntimo!

—¡Ni un céntimo! repitió Santiago: ¡mientes! ¿y lo que te di el otro día?

—¡Se lo he dado al casero!

—¿Y la semana de los muchachos? preguntó de nuevo el marido cada vez más impaciente.

—¿No era preciso pagar el pan, y traer patatas y jabón para lavar? Si no quieres creerme, mira.

Arsenia, al decir estas palabras, volvió del revés los bolsillos de su delantal, arrojando á su marido una mirada irritada y medrosa á la vez. Oyóse un ruido metálico. Santiago se inclinó; pero sólo recogió del suelo el dedal de cobre de su mujer.

—¿Lo ves? dijo ella con aire de triste triunfo.

—Lo que veo, repuso Santiago mostrando por grados su cólera, lo que veo es que

los señoritos no ganan nada, y que es preciso poner orden.

—¡Es muy justo!—exclamó Arsenia irritada á su vez: cuando el padre no tiene el valor del trabajo, los hijos han de redoblar su tarea.

Un violento bofetón, cayó sobre la mejilla de la pobre mujer.

Santiago, después de este acto de brutalidad, levantó bruscamente á Juan del suelo donde estaba sentado, y le dijo:

—Vas á venir conmigo á ver á monsieur Balfons: se te empleará en la cardería, y me ganarás algo más que un escudo á la semana.

—¡A la cardería!—exclamó Arsenia;—¡pero infame, deseas la muerte de tu hijo! ¡no tienes entrañas!

Santiago la rechazó con una puñada: y aunque su madre le llamaba con voz débil, salió llevándose á Juan que temblaba, como el rey de los *anlues*, en la balada, se lleva al reino de las sombras á un pobre niño espantado.

Las tres mujeres quedaron consternadas.

—¡A la cardería!—exclamó Arsenia rompiendo el silencio:—¡mi hijo será hecho pedazos y es el verdugo de su padre quien le envía allí!

La cardería es en efecto el lugar más peligroso de los talleres: expuesto para todos, es casi mortal para el aturdimiento de un niño.

Esperóse la noche con inquietud: más

cuando Juan subió á su casa, parecía ya familiarizado con el peligro: habló con cierto orgullo de los puntos agudos, de la rotación rápida de aquella terrible máquina, á la cual debía él con sus dedos de niño proveer de la lana que carda y divide: parecía muy contento de estar en contacto incesante con el peligro, y de estar á la vez más expuesto y mejor retribuido que sus camaradas.

Su madre se tranquilizó: al fin de la semana el aumento del jornal la consoló, y ayudando la poderosa costumbre, casi no pensó ya en el riesgo de mutilación ó acaso de muerte que amenazaba de continuo al pobre niño, y que en una edad en que no hay memoria debía castigar el más pequeño olvido: además, cuando pensaba en esto, se decía:

—¿Qué puedo yo hacer? si mi hijo sufre, ¿es culpa mía?

No obstante, aquel corazón helado por la miseria, y endurecido por los malos tratamientos, aquel pobre corazón de madre, se despertó cuando después de pasadas algunas semanas vinieron á decirle que el niño, víctima de una ligera distracción, se había deshecho los dedos en el cruel encaje de ruedas dentadas, y que acababan de transportarle al hospital.

Arsenia sofocó con sus gritos la voz del contramaestre de la fábrica que le hacía saber esta triste noticia: las maldiciones contra su marido, las quejas más amargas sobre la suerte del pequeño Juan, se entremezcla-

ban en sus discursos, y sus lágrimas no pudieron detenerse, ni aun cuando el jefe del departamento donde trabajaba el pobre niño le dijo que estaba encargado por el dueño de la fábrica de prometerle una indemnización por la herida y por la pérdida de trabajo que ocasionaba.

— Preciso será aceptar, dijo la pobre mujer sollozando: pero yo quería más los dedos de mi hijo que todo el dinero que pudieran darme. ¡Ah! ¡más valiera no nacer, que nacer pobre!

Cuando Santiago supo que su hijo estaba herido juró, se encolerizó, y pasó en la taberna el resto de la semana.

En algunas transacciones de trabajador á dueño se encuentra un recuerdo de las leyes que regían á los galos y á los francos: la sangre vertida se paga con dinero, se evalúa en cifras exactas el perjuicio que ocasiona el mal físico: las dos partes se entienden amigablemente, y la mayor parte del tiempo, sin el concurso de los Tribunales, se aplaca con algunas monedas el dolor, y hasta la pérdida de un miembro mutilado y sangriento.

El fabricante dueño del trabajo del pobre Juanito, pagó generosamente: hizo llamar al padre del herido, y le entregó un paquete de monedas de plata; mas al dárselas, le dijo con tono serio y casi severo:

— Yo siento con toda mi alma lo sucedido, y vos sabéis que ha sido bien á pesar mío y sólo por ceder á vuestras ins-

tancias, por lo que he empleado en la cardería á un muchacho tan pequeño y débil: ¡tratad de conservar y de hacer producir á este dinero que tan caro cuesta á vuestro hijo! ¡sed para él un buen tutor y un buen padre para ese pobre ser que os ha dado todo lo que podía! ¡pensad bien en esto, Senechal!

Santiago bajó la cabeza y después de algunas palabras de agradecimiento, gruñidas más bien que pronunciadas, volvió á su casa sin detenerse en la taberna y dió á su mujer la suma á tanta costa adquirida.

Arsenia le ocultó en seguida á la cabecera de su lecho, no pudiendo presumir que tuviera mejor colocación, ni más útil empleo que estar guardado.

Monsieur Belfons, no había querido añadir ningún otro consejo á la suma: el desgraciado antagonismo que existe entre los dueños de las fábricas y los obreros, contiene sin cesar los testimonios de mútuo interés; el dueño vacila y observa; el trabajador desconfía; y este conjunto de luz y de fuerza, que unido, levantaría al mundo, es impotente para el bien general.

El dinero fue ocultado cuidadosamente y durante algún tiempo no se pensó más en él.

Juanito, dulcemente tratado en el hospital, se restablecía poco á poco: las buenas Hermanas de la Caridad le animaban: el cirujano, que había admirado su energía, mientras que el bisturí trabajaba la carne des-

trozada de su mano izquierda, le atendía con esmero, y jamás el pobre obrerito se había visto más dichoso que durante aquel tiempo de calamidad.

Sus mejillas se habían puesto de color de rosa, y había engruesado. Una de las Hermanas le enseñaba á leer y pagaba con un pastel cada alfabeto bien dicho: el niño se hallaba muy bien en aquella triste morada, tenía miedo de dejarla, y no recordaba sin secreto y profundo temor la morada paternal, sombría y sucia, donde el silencio, el mal humor y la tristeza, eran sólo reemplazados por las lágrimas y los gritos de la cólera.

A cada visita que le hacía su madre, repetía que se hallaba muy contento, y enumeraba con los ojos animados y alegres, los golpecitos en la mejilla que le daba el Doctor, las dulces palabras de las religiosas, y terminaba diciendo:

—¡Qué bien se está aquí, mamá!

Estas noticias, que Arsenia llevaba á su casa, parecieron hacer sobre Santiago una viva impresión: recobró su aplomo, y con él, el camino de la taberna; tenía lugar por entonces una de esas fiestas populares demasiado frecuentes para las buenas costumbres de los obreros; Santiago la celebró y Arsenia se apercibió de que faltaban algunos escudos al rollo que contenía el porvenir de su hijo; quejóse con vehemencia á su suegra, cuando entró su marido.

—¿De qué hablas?—preguntó dirigiendo-

se á ella con tono amenazante;—desde abajo se te oye chillar.

—¿Qué importa que me oigan?—gritó Arsenia fuera de sí;—¡he de contar á todo el mundo que tienes la infamia de robar el dinero de nuestro pobre hijo!

—¿Te callas?—rugió Santiago.—Yo soy amo en mi casa y mando en tí, en mis hijos y en todo lo que haya; ¿lo entiendes? y la prueba es que vengo á buscar el dinero, y que haré de él, el uso que me plazca; ¡déjame pasar!

—No, Santiago,—exclamó la pobre madre impidiéndole el paso;—no, tú no harás eso! ¡porque hacerlo sería un crimen! ¡no te iras á gastar en la taberna esa pobre suma, precio de la sangre de nuestro hijo, y su sólo porvenir! ¡no, no lo harás! ¡yo lo impediré! ¡iré á casa del Comisario, á casa del Procurador del Rey! ¡yo hallaré justicia si la hay en la tierra!

Santiago la cortó la palabra asiéndola por el cuello; arrojóla á tierra y la dió de puntapiés con un furor salvaje; la abuela, á costa de un esfuerzo supremo, alzó su brazo paralizado y exclamó:

—¡Detente, Santiago! ¡vas á matarla!

—Yo no os acuso á vos,—repuso Santiago,—conque ¡dejadme! ¡Vos sois mi madre, pero ella tiene que saber que yo soy su dueño!

Arsenia aterrorizada guardó el silencio y la inmovilidad de la muerte; pero cuando le vió salir de la habitación vecina llevado en

la mano el rollito de monedas, tan cuidadosamente conservado, no pudo dominar su cólera y su dolor, enderezóse y le gritó:

—¡Ladrón! ¡mal padre!

Santiago volvió sobre sus pasos; descargó sobre su mujer algunos golpes formidables; la tiró contra el suelo cubierta de sangre, y empujando sobre ella á Eufrosia, que volvía de la calle, y que quería defender á su madre, se dirigió de nuevo á la puerta.

—¡Desgraciado!—le gritó la madre;—¡no vayas á beber la sangre de tu hijo!

—¡Es mío el dinero, porque yo soy el amo!—repuso él precipitándose hacia la escalera, y dejando mudas de horror á las tres espantadas mujeres.

La taberna se enriqueció con aquel miserable despojo, y en algunos días de orgía, el dinero que debía crear un porvenir para el pobre niño mutilado, se gastó por su bárbaro y desnaturalizado padre.

V

El invierno que siguió á estas tristes escenas fue largo y riguroso: el trabajo no abundaba y los comestibles estaban muy caros: la familia Senechal, sintió más que otras la angustia pública; los momentos de crisis que son de escasez ó de dificultad para

algunos, son para otros la señal infalible del frío y del hambre: Santiago, que tenía mala reputación, se vió con frecuencia sin trabajo; el pequeño Juan no podía ya ganar nada, y la abuela, abrumada por el invierno y por las duras privaciones, se había puesto gravemente enferma.

Todo le faltaba á la pobre anciana, y sin embargo, no se quejaba jamás; sufría y se debilitaba visiblemente; su hijo y su nuera no se inquietaban nada, pero Eufrosia se preocupaba por todos, de aquel ser que tan tierna y sinceramente la amaba; veía y adivinaba los sufrimientos de la pobre mujer, y probaba en vano á darles algún remedio; nada tenía, ni aun fuego para calentar las tisanas que llevaba alguna compasiva vecina, ni aun los más miserables remedios, ni los auxilios más pequeños; una sola vez había venido el Médico de los pobres dejando una receta, que á pesar de haberse ejecutado, no había producido efecto alguno; después de examinar á la enferma había hecho un gesto significativo, y había dicho:

—Es preciso ir al hospital, buena mujer.

—No, caballero,—respondió Aldegonda,—quiero morir aquí.

La abuela pensaba en Eufrosia, y á su vez Eufrosia no pensaba más que en ella; temiendo perderla, había sentido redoblarse la ternura instintiva que sentía por su abuela, por el sólo ser que la había amado, guiado y defendido.

Sentía desgarrado su corazón á la vista de